

ridad sorprendió á Rougón. Luego, con las manos juntas, Clorinda se calló. Había cerrado los ojos y reflexionaba profundamente.

—¿Y bien?—preguntó Rougón sonriendo.

—Nada—murmuró la joven;—he tenido un gran sentimiento.

Rougón se sintió conmovido. Trató de tomarle otra vez las manos; mas ella las hundió entre los encajes, y el silencio continuó. Al cabo de dos buenos minutos abrió los párpados y dijo:

—¿Luego, usted tiene sus proyectos?...

Rougón la miró con fijeza. Despertose en él una sospecha. Mas ofrecíase á la sazón tan seductora, recostada en el fondo del sillón, en tan lánguida actitud, como si las penas de su «buen amigo» la hubiesen anonadado, que no paró mientes en el ligero escalofrío que acababa de sorprenderle. Clorinda le lisonjeó en gran manera. Era seguro que no permanecería por mucho tiempo alejado del poder y llegaría á ser el amo el mejor día. Segura estaba de que había de alimentar grandes pensamientos y confiar en su estrella, pues esto se le leía en la frente. ¿Por qué no la tomaba por confidente?... ¡Era ella tan discreta, sería ella tan feliz si la considerase por mitad en su porvenir! Rougón, fuera de sí, procurando siempre volver á coger las manitas que se hundían entre los encajes, siguió hablando, habló siempre, hasta el punto de dar rienda suelta á todo, á sus esperanzas, á sus certidumbres. Ella no le impulsaba, lo que hacía era dejarle en libertad, sin un ademán,

por miedo á contenerle. Examinábale, detallábale miembro por miembro, sondándole el cráneo, sopesando sus hombros, midiéndole el pecho. Veíase en él en definitiva al hombre sólido, quien, por fuerte que ella era, habríase la echado con sólo un movimiento á la espalda, llevándosela sin el menor esfuerzo tan arriba como ella habría querido.

—¡Ah, mi buen amigo!—le dijo de repente.—¡No he sido yo quien ha dudado nunca!

Habíase incorporado, abriendo los brazos y dejando resbalar la manteleta de encajes. Entonces se volvió á presentar, más desnuda todavía, tendiendo el seno, deslizado los hombros fuera de la gasa, con movimiento tan flexible de gata enamorada, que parecía surgir de su corpiño. Aquello fué como súbita visión, como recompensa y promesa otorgadas á Rougón. ¿Y no era por ventura la manteleta de encajes la que se había deslizado? Volvió á atraerla hacia sí y la anudó más estrechamente.

—¡Chist!—murmuró.—Luigi refunfuña.

Y corrió junto al pintor, é inclinándose por segunda vez, le habló muy de prisa al oído. Rougón, cuando ya no se hallaba allí, por tal modo trémula, se restregó rudamente las manos, enervado, amostazado casi. Producíale á flor del cutis una irritación extraordinaria. Y la injuriaba; á los veinte años, no se habría sentido más imbécil. Acababa de confesarle como un niño, precisamente á él, que hacía dos meses se esforzaba en hacerla hablar, sin conseguir (de ella más que seductoras risas. Habíale

bastado con negarle un instante sus manos; y había abandonado hasta decirselo todo, para que se las volviese á entregar. Ahora todo resultaba evidente, le conquistaba, y discutía si valía todavía la pena de ser seducido.

A Rougón se le escapó una sonrisa de hombre fuerte; la aniquilaría cuando le viniese en ganas. Y acudíanle pensamientos nada honrados, todo un proyecto de seducción, tras de cuya realización la dejaría plantada, después de haber sido su dueño. Ciertamente que no podía desempeñar el papel de imbécil con aquella moza que de tal manera le exhibía el seno. No estaba sin embargo, muy seguro de que la manteleta no se hubiese desprendido por sí sola.

—¿Cree usted por ventura que tengo grises los ojos?—le preguntó Clorinda acercándose.

Rougón se puso en pie y la miró muy de cerca, sin turbar la límpida quietud de sus ojos. Pero como adelantase las manos, Clorinda le dió un golpe. No tenía para qué tocar. Sentíase muy fría en aquel instante. Arrebujábase en su manteleta con pudor que se alarmaba ante los menores agujeritos del encaje. Por más que lo echaba á broma, que la impacientaba y que hacía como que iba á valerse de la fuerza, ella no dejaba de cubrirse más y más y dejaba escapar ligeros gritos cuando siquiera le rozaba los encajes. Por lo demás, no quiso volverse á sentar.

—Prefiero andar un poco—decía,—así las piernas se me desentumecen.

Entonces él la siguió y anduvieron juntos de una parte á otra. Rougón trató de confesarla á su vez. Clorinda, por regla general, no contestaba á las preguntas. Su conversación era brusca, irregular, interrumpida por exclamaciones y mezclada con historias, que no concluía jamás. Como la interrogase hábilmente Rougón acerca de una ausencia de quince días, que había realizado con su madre, el mes anterior, ella ensartó una interminable serie de anécdotas sobre sus viajes. Había estado en todas partes, en Inglaterra, en España, en Alemania, había visto cuanto había que ver. En seguida se descolgó con un chaparrón de observaciones pueriles sobre la alimentación, sobre las modas, sobre el tiempo que reinaba. A veces daba comienzo á un relato, en el cual se ponía en escena, con personajes conocidos, á quienes mentaba; Rougón prestaba atención, creyendo que iba por último á dejar escapar una confidencia; mas el relato convertíase en infantil, ó bien quedaba sin desenlace. Tampoco aquel día logró sacar nada en limpio. No se le echaba de menos en el rostro aquella risita que era como una máscara; y permanecía impenetrable, en medio de se expansión parlanchina. Rougón, ensordecido con tan estupendos relatos, desmentidos los unos con los otros, llegaba á no saber darse cuenta de si tenía á su lado una muchacha de doce años, inocente hasta

la imbecilidad, ó una mujer pozo de ciencia, vuelta á la candidez por verdadero refinamiento.

Clorinda interrumpió una aventura que le había acaecido en un pueblo de España, la galantería de un viajero, cuyo lecho había sido visto obligada á aceptar, mientras que él dormía en una silla.

—No debe usted pensar en volver á las Tullerías—dijo sin la menor transición.—Hágase usted desear.

—Gracias mil, señorita Maquiavelo—le contestó riendo.

Y ella rió más ruidosamente que él; mas no por eso dejó de seguir dándole consejos excelentes. Y como volviese á intentar pellizcarle los brazos, por vía de juego, Clorinda se amostazó, gritando que no podía hablarse con formalidad dos minutos seguidos. ¡Ah, si fuese hombre! ¡Cómo sabría abrirse camino en el mundo! ¡Tenían los hombres tan huera la cabeza!

—Vamos, cuénteme usted ahora la historia de sus amigos—prosiguió, sentándose al borde de la mesa, mientras que Rougón permanecía en pie delante de ella.

Luigi, que no les quitaba la vista de encima, cerró de golpe la caja de colores.

—Me voy—dijo.

Pero Clorinda volvió hacia él y volvió á traerle, jurando y perjurando que iba á volver á tomar la postura. Debía de tener miedo de quedarse sola con

Rougón. Y como Luigi accediera, procuró componérselas para ganar tiempo.

—Bien me dejará usted tomar un tentempié. ¡Tengo un hambre! ¡Oh! nada más que dos bocados.

Abrió la puerta, gritando:

—¡Antonia! ¡Antonia!

Y dió sus órdenes en italiano. Acababa de volverse á sentar al borde de la mesa, cuando Antonia entró, trayendo en cada una de sus manos una tostada con manteca. La criada se las presentó como sobre una bandeja, con su risa de animal á quien se hace cosquillas, risa que le hendía de parte á parte la boca en su negra faz. Y acto seguido desapareció, limpiándose las manos en el vestido. Clorinda la volvió á llamar para pedirle un vaso de agua.

—¿Quiere usted acompañarme?—preguntó á Rougón.—Es cosa excelente la manteca. A veces le pongo azúcar, mas no hay que ser siempre golosa.

No lo era gran cosa, en efecto. Rougón la había sorprendido una mañana, dispuesta á comerse por todo almuerzo un trozo de tortilla fría, hecha el día anterior. Tuvo sus sopechas de que era avara, vicio propio de los italianos.

—Tres minutos no más, ¿estamos, Luigi?—exclamó clavando los dientes en la primera tostada.

Y volviendo á Rougón, siempre en pie delante de ella, le preguntó:

—Veamos, el señor Kahn, por ejemplo, ¿cuál es su historia y cómo es que ha llegado á ser diputado?

Prestóse Rougón á aquel nuevo interrogatorio, esperando tener de ella alguna confidencia forzada. Sabía que tenía gran curiosidad por enterarse de la vida de unos y de otros y que prestaba atento oído á todas las indiscreciones, en acecho siempre de las complicadas intrigas, entre las cuales vivía. Importábasele muy mucho las grandes fortunas.

—¡Oh!—contestó riendo.—Kahn nació diputado; debió de haber echado los primeros dientes en los bancos de la Cámara. En el reinado de Luis Felipe, ya tenía asiento en el centro á la derecha, y defendía la monarquía constitucional con pasión juvenil. Después del 48, pasó al centro izquierda, por lo demás siempre apasionadísimo; había escrito una profesión de fe republicana en soberbio estilo. Hoy ha vuelto al centro derecha y defiende con el mayor entusiasmo el imperio... En resumidas cuentas, es hijo de un banquero judío de Burdeos, dirige unos altos hornos cerca de Bressuire, y se ha constituido una especialidad en los asuntos financieros é industriales; vive con bastante modestia, en espera de la colosal fortuna que heredará un día, y ha sido ascendido al grado de oficial el 15 de agosto último.

Y Rougón parecía buscar más detalles, con la vista extraviada.

—Estoy en que no he olvidado nada... No, no tiene hijos...

—¡Cómo! ¿está casado?—exclamó Clorinda.

E hizo un gesto, como para indicar que el señor Kahn maldito lo que ya le interesaba. Era un ro-

daballo; á nadie había presentado su mujer. Entonces, Rougón le refirió que la señora de Kahn vivía en París, muy retirada. En seguida, sin esperar nueva interrogación, repuso:

—¿Quiere usted saber ahora la biografía de Béjuin?

—No, no—contestó la joven.

Mas, no obstante, prosiguió:

—Procede de la Escuela politécnica. Ha escrito varios folletos, que nadie se ha tomado el trabajo de leer. Dirige la cristalería de Saint-Florent, á tres leguas de Bourges... Es prefecto del Cher, departamento que le dió á conocer...

—¡Calle usted!—gritó Clorinda.

—Hombre digno, que vota bien, que no dice nunca esta boca es mía, muy paciente, en espera de que se piense en él, mirándoos siempre para que no se le olvide. Yo he conseguido que se le nombre caballero...

Clorinda tuvo que llevarle la mano á la boca, amostazándose y diciendo:

—¡Eh! ese está casado también. ¡No es ningún chusco!... He visto á su mujer en casa de usted... ¡una facha! Me ha invitado á visitar su cristalería, en Bourges.

De un bocado dió fin á su primera tostada. Luego se echó al colete un gran trago de agua. Las piernas le colgaban al borde de la mesa; y moviendo un tanto las caderas y con el cuello echado atrás, balanceábalas con movimiento maquinal, cuyo ritmo

seguía Rougón. A cada vaivén, las pantorrillas parecían hincharse bajo la gasa.

—¿Y el señor Du Poizat?—preguntó tras breve silencio.

—Du Poizat ha sido subprefecto—contestó sencillamente.

Ella le miró, sorprendida por la brevedad de la historia.

—Bien que lo sé—dijo Clorinda.—¿Y qué más?

—¿Qué más? Más adelante será prefecto, y entonces se le condecorará.

Comprendió que nada más quería decir. Por lo demás, el nombre de Poizat lo había echado al aire sin interés alguno. Entonces se puso á hacer memoria de aquellos señores valiéndose de los dedos; partiendo del pulgar, decía:

—El señor d'Escorailles: éste no es formal, le gustan todas las mujeres... El señor La Rouquette: inútil, le conozco demasiado... El señor de Combélot: otro más que está casado...

Y como se detuviese en el anular, no dando con nadie, Rougón le dijo, mirándola fijamente:

—Olvida usted á Delestang.

—¿Tiene usted razón!—exclamó.—¿No me hablará usted de él?

—Es un bello sujeto—repuso Rougón, sin apartar de ella la vista.—Es riquísimo, y le he vaticinado siempre un gran porvenir.

Y continuó en aquel diapasón, exagerando las alabanzas y duplicando las cantidades. La granja mo-

delo de la Chamade valía la friolera de dos millones. Delestang llegaría un día á ser ministro. Mas en los labios de Clorinda aparecía un mohín desdeñoso.

—Es un estúpido—acabó por murmurar.

—¡Caramba!—exclamó Rougón con astuta sonrisa.

Parecía embelesado por las palabras que Clorinda había dejado escapar. Entonces, cediendo á uno de los súbitos saltos que le eran familiares, le salió con una nueva pregunta, mirándole á su vez con toda fijeza.

—Usted debe de conocer, y no poco, al señor de Marsy.

—Sí, sí, nos conocemos—le contestó sin pestañear y como regocijado más y más por lo que le pedía.

Pero púsose muy serio y habló con tanta dignidad como justicia.

—Es hombre de inteligencia extraordinaria—dijo, —y me honro al tenerlo por enemigo. En todo ha puesto las manos. A los veintiocho años era coronel. Más adelante se le halla al frente de una gran fábrica. Después se le ve ocupado sucesivamente de agricultura, de hacienda, de comercio. Asegúrase que hasta ha pintado retratos y escrito novelas.

Clorinda, olvidándose de comer, se quedó pensativa.

—La otra noche hablé con él—dijo á media voz.—Persona es de gran mérito... digno hijo de una reina.

—En mi concepto—prosiguió Rougón,—el excesivo talento le perjudica. Yo tengo otra idea formada de la fuerza. En una circunstancia de suma gravedad le he oído hacer juegos de palabras. En fin, obtenido el éxito que ambicionaba, reina tanto como el emperador. ¡Qué suerte tienen todos esos bastardos!... Lo que tiene de más personal es la resistencia, una mano de hierro, atrevida, delicadísima y hábil al propio tiempo.

A su pesar la joven había bajado los ojos, fijándolos en las gruesas manos de Rougón. Este se percató de ello, y prosiguió sonriendo:

—¡Oh! las mías son patas, ¿no es así? A esto se debe el que jamás nos hayamos entendido Marsy y yo. El acuchilla á la gente con toda galantería, sin manchar sus blancos guantes; pero yo aplasto.

Había cerrado los puños, gruesos puños, velludos en las falanges, y los agitaba, satisfecho al contemplarlos enormes. Clorinda tomó la segunda tostada, en la que hincó los dientes, pensativa siempre. Por último, dirigió la vista á Rougón.

—¿Y ahora usted?—le preguntó.

—¿Es mi historia lo que usted desea saber?—le dijo.—Nada tan fácil de contar. Mi abuelo vendía hortalizas. Yo, hasta los treinta y ocho años arrastré mis chancas de abogadillo, en el fondo de mi provincia. Ayer, como quien dice, era yo un desconocido. Como nuestro amigo Kahn, yo no he gastado mis hombros sosteniendo á todos los gobiernos. No salgo, como Béjuin, de la Escuela politécnica. No llevo

ni el bonito nombre del pequeño Escorailles, ni la hermosa presencia de ese pobre hombre de Combelot. No estoy tan bien emparentado como La Rouquette, quien debe su asiento de diputado á su hermana, la viuda del general de Llorentz, en el día dama de palacio. Mi padre no me ha dejado, como á Delestang, cinco millones de fortuna, ganados en el negocio de vinos. No he nacido en las gradas de ningún trono, como el conde de Marsy, y no he crecido pendiente de las faldas de una mujer de talento, ni recibiendo caricias de Tayllerand. No, yo soy hombre nuevo, no cuento más que con mis puños...

Y se aporreaba un puño contra el otro, riendo estrepitosamente y tomando la cosa á pura broma. Pero habíase erguido, y no parecía sino que rompía piedras entre sus cerrados dedos. Clorinda le admiraba.

—Yo no era nada, y ahora seré lo que mejor me venga en gana—continuó, distrayéndose, y como hablando para él solo.—Soy una fuerza. ¡Y no me hacen encogerme poco de hombros los demás, cuando protestan de su adhesión al imperio! ¿Acaso lo prefieren? ¿lo sienten acaso? ¿No transigirían por ventura con cualquier otro gobierno? En cuanto á mí, he brotado con el imperio; yo lo he hecho y él me ha hecho á mí... Fuí nombrado caballero después del 10 de diciembre, oficial en enero del 52, comendador el 15 de agosto del 54, y gran oficial hace tres meses. En tiempo de la presidencia tuve

por un instante la cartera de Obras públicas; andando el tiempo, el emperador me encargó de una misión en Inglaterra; luego entré en el Consejo de Estado, en el Senado...

—Y mañana, ¿en dónde entra usted?—preguntó Clorinda, con una sonrisa, con la cual trataba de ocultar el ardor de su curiosidad.

Rougón la miró y se detuvo en redondo.

—Es usted muy curiosa, señorita Maquiavelo—le dijo.

Entonces se puso á mecer las piernas con movimiento de mayor impulso. Reinó breve silencio. Rougón, al verla abstraída en profunda cavilación, creyó llegado el momento favorable para confesarla.

—Las mujeres...—empezó.

Mas ella le interrumpió, con la mirada vaga, sonriendo ligeramente por sus propias imaginaciones, y murmurando á media voz:

—¡Oh! las mujeres tienen otra cosa.

Y fué ésta su única confesión. Dió fin á la tostada, vació de un solo trago el vaso de agua pura y se puso en pie sobre la mesa de un salto, que atestiguaba su habilidad de amazona.

—¡Eh! ¡Luigi!—gritó.

Hacía un instante que el pintor, mordiendo el bigote de impaciencia, se había levantado, moviéndose en torno de Clorinda y de Rougón. Luego volvió á sentarse dando un suspiro, y tomó de nuevo la paleta. Los tres minutos de favor pedidos por el joven, habían durado un cuarto de hora. Entretanto,

manteniáse en pie encima de la mesa, envuelta siempre en su chal de encajes negros. Después, así que hubo vuelto á dar con la postura, descubrióse con un solo ademán. Tornaba á ser de mármol y perdía la conciencia del pudor.

En los Campos Elíseos, los coches rodaban en mayor número. El sol poniente enfilaba la avenida con polvareda de sol que cubría los árboles, como si las ruedas levantasen aquella nube de rosada luz. Bajo la claridad que penetraba por los altos vanos acristalados, los hombros de Clorinda se matizaron con reflejos de oro. Y, lentamente, el cielo palidecía.

—¿Es cierto que el enlace del señor de Marsy con esa princesa válaca continúa decidido?—preguntó pasado un instante.

—Yo no lo creo—contestó Rougón.—Ella es muy rica, y de Marsy anda siempre á la cuarta pregunta. Por lo demás, dícese que anda loco por ella.

El silencio no se volvió á turbar. Rougón permanecía allí, creyéndose en su casa, sin pensar en irse. Reflexionaba y volvía á sus paseos por la habitación. Aquella Clorinda era en realidad una muchacha por demás seductora. Pensaba en ella, como si la hubiese dejado ya hacía mucho tiempo; y, con los ojos fijos en el pavimento, sumíase en imaginaciones medio formuladas, dulcísimas, cuyo halago interior saboreaba. Parecíale salir de un tibio baño, con languidez de miembros deliciosa. Un perfume particular, de rudeza casi azucarada, penetraba en su ser. Habríale parecido de perlas el tenderse en

uno de los canapés y entregarse al sueño envuelto en aquel aroma.

Repentinamente se sintió despertado por un ruido de voces. Un hombre, de avanzada edad, á quien no había visto entrar, besaba en la frente á Clorinda que se inclinaba sonriendo, al borde de la mesa.

—Buenos días, pequeñuela—le decía.—¡Qué hermosa estás! Por lo visto, enseñas cuanto Dios te ha dado.

Y se echó á reír maliciosamente; y como Clorinda, confusa, se atrajese la manteleta de blonda negra:

—No, no—repuso el viejo vivamente.—¡todo es lindísimo, y no veo reparo en que lo enseñes!... ¡Ah, mi pobre niña! ¡son tantas las que he visto!

Luego, volviéndose hacia Rougón, á quien trató de «querido colega», le estrechó la mano, agregando:

—Una rapaza que más de una vez se ha dormido en mis rodillas, cuando era pequeñita. Pero ahora tiene un seno que le deslumbra á uno.

Era aquél el viejo señor de Plouguern, que contaba setenta años. En el reinado de Luis Felipe, enviado á la Cámara por el Finisterre, fué uno de los diputados legitimistas que hicieron la peregrinación de Belgrave-Square; y presentó su dimisión á consecuencia del voto de censura que fué lanzado contra él y sus compañeros. Más adelante, tras las jornadas de febrero, demostró una repentina ternura por la república, que aclamó vigorosamente en los bancos de la Constituyente. Ahora, después que el

emperador le había asegurado en el Senado un retiro merecido, habíase hecho bonapartista. No había más sino que sabía serlo como caballero. Su grande humildad permitíase de vez en cuando un punto de oposición. La ingratitud le divertía. Escéptico hasta la médula de los huesos, defendía, no obstante, la religión y la familia. Creía deber esto á su apellido, uno de los más ilustres de Bretaña. En ciertas ocasiones encontraba el imperio inmoral y lo decía á voz en cuello. Habíase llevado una vida de aventuras sospechosas, había sido un gran disoluto, un gran maestro de intrigas y refinado en achaque de goces; contábanse, con respecto á su vejez, anécdotas que hacían soñar á la juventud. En un viaje por Italia fué cuando conoció á la condesa Balbi, de quien estuvo siendo amante obra de treinta años; después de separaciones que duraban años, volvían á reunirse durante tres noches, en las ciudades en que se encontraban. No faltaba quien decía que Clorinda era hija suya; pero ni él ni la condesa sabían nada en realidad; y así que la niña fué haciéndose mujer, robusta y apetecible, el viejo aseguraba que en otro tiempo había frecuentado mucho el trato con su padre. Devorábala con la vista y se permitía con ella familiaridades sobrado libres de antiguo amigo. El señor de Plouguern, alto, enjuto, huesudo, tenía cierto parecido con Voltaire, por quien sentía secreta devoción.

—¿No miras mi retrato, padrino?—dijo Clorinda. Llamábale padrino por pura amistad. Habíase co-



locado á espaldas de Luigi, entornando los ojos, á guisa de inteligente.

—¡Delicioso!—exclamó.

Acercóse Rougón, y hasta la misma Clorinda se echó de la mesa para ver. Y los tres quedáronse admirados. La pintura quedaba hecha con todo arte. El pintor había cubierto el lienzo con una ligera veladura de los colores rosa, blanco y amarillo, que ofrecían palideces de acuarela. Y el rostro aparecía lindo y sonriente como el de una muñeca, con sus arqueados labios, sus bien delineadas cejas y sus mejillas teñidas de bermellón fresco y delicado. Era una Diana que podía figurar en una caja de pastillas.

—¡Ah! miren ustedes allí, cerca del ojo, aquella diminuta peca—dijo Clorinda batiendo palmas de admiración.—Este Luigi nada echa en olvido.

Rougón, á quien, por lo común, se le importaban un bledo los cuadros, estaba con la boca abierta. Comprendía el arte, en aquel momento. Y emitió este juicio, en tono de convencido:

—Está admirablemente dibujado.

—Y el colorido es excelente—repuso el señor de Plouguern.—Esos hombros son la carne misma... ¿Pues y los pechos? ¡Seductores! El izquierdo sobre todo tiene la frescura de la rosa... ¡Y qué brazos! Esta muchacha tiene unos brazos que pasman. Me gusta muchísimo ese aumento de volumen por encima de la sangría; resulta un modelo perfecto.

Y volviéndose al pintor, le dijo:

—Sr. Pozzo, reciba usted mi cordial enhorabuena. Ya había visto una *bañista* debida al pincel de usted; pero este retrato la aventajará... ¿Por qué no expone usted? Yo conocí un diplomático que tocaba admirablemente el violín; y esto no le impidió adelantar en su carrera.

Luigi, muy lisonjeado, inclinaba la cabeza. En esto la luz se iba retirando; mas como quisiese terminar una oreja, suplicó á Clorinda que volviese á colocarse por unos diez minutos, á lo más. El señor de Plouguern y Rougón continuaron hablando de pintura. Este confesaba que estudios especiales no le habían permitido seguir el movimiento artístico de los últimos años; pero protestaba de su admiración por las bellas obras. Vino á declarar que el colorido le dejaba asaz frío; un hermoso dibujo le satisfacía plenamente, un dibujo que fuese capaz de elevar el alma y de inspirar grandes pensamientos. En cuanto al señor Plouguern, tan sólo estaba por los antiguos maestros; había visitado todos los museos de Europa, y no comprendía cómo se tenía el atrevimiento de pintar aún. El mes anterior, no obstante, había mandado decorar un saloncito por un artista á quien nadie conocía y quien, no obstante, poseía un gran talento.

—Me ha pintado Amorcillos, flores, hojarasca, en gran manera extraordinarios—dijo.—A decir verdad, hasta se cogerían las flores. Vense allí además insectos, mariposas, moscas, saltamontes, que se

les tomaría por vivos. Aquello, en fin, resulta alegre, y yo me perezco por la pintura alegre.

—El arte no se ha hecho para aburrir á la gente —infirió Rougón.

En aquel instante, como anduviesen uno al lado del otro, á paso menudito, el señor de Plouguern aplastó, con el talón de la botina, algo que estalló con el ligero ruido de un chicharo fulminante.

—¿Qué es esto?—exclamó.

Y alzó del suelo un rosario que se había deslizado de un sillón, sobre el cual Clorinda debió de haber vaciado sus bolsillos. Una de las cuentas de vidrio, cerca de la cruz, había quedado pulverizada; también la cruz, de plata, pequeñita como era, había resultado con un brazo doblado y aplastado. El viejo agitó el rosario, fisgándose y diciendo:

—Niñita, ¿cómo es que dejas que estos juguetes rueden por los suelos?

Clorinda se puso como la amapola. Precipitóse desde lo alto de la mesa, con los labios hinchados, los ojos encendidos de indignación, cubriéndose los hombros más que de prisa, y balbuceando:

—¡Malvado, malvado! ¡ha destrozado mi rosario! Arrebatóselo de las manos y arrancó á llorar como un niño.

—Ta, ta—decía el señor de Plouguern sin dejar de reír.—¡Aquí tienen ustedes á mi devota! La otra mañana, por poco me salta los ojos, porque, habiendo reparado en una ramita de boj, le pregunté qué era lo que barría con aquella escobilla... No llo-

res más, so estúpida, que nada he roto al Dios de bondad.

—Sí, sí—gritaba ella,—le ha hecho usted mal.

Ya no le tuteaba. Con sus trémulas manos acababa de quitar la perla de vidrio; y después, redoblando los sollozos, quiso componer la cruz. Limpiábala con las yemas de los dedos, como si hubiese visto gotas de sangre sobre el metal. Y murmuraba:

—El papa fué quien me hizo este regalo, la primera vez que fuí á verle con mamá. Muy bien que me conoce el papa; me llama «su hermoso apóstol», porque en una ocasión le dije que me sentiría contenta muriendo por él... Un rosario que me traía la suerte. Ahora ya no tendrá virtud, antes atraerá al demonio...

—Veamos, dámelo—interrumpió el señor Plouguern.—Vas á destrozarte las uñas con querer componer eso... La plata es dura, niña mía.

Había tomado el rosario y procuraba desdoblar los brazos de la cruz, con toda delicadeza, á fin de no romperla. Clorinda ya no lloraba y estaba con los ojos fijos, con gran atención. Rougón, por su parte, acercaba también la cabeza, sonriendo; era un incrédulo á macha martillo, en tal medida que la joven había estado á punto dos veces de romper con él, á causa de sus bromas fuera de lugar.

—¡Diantre!—decía á media voz el señor de Plouguern,—no resulta muy tierno el bendito Señor. Y es que tengo miedo de partirlo por la mitad... Habrías de tener un Señor de repuesto, niñita.

Hizo un nuevo esfuerzo y la cruz quedó rota de golpe.

Rougón se había echado á reir. Entonces, Clorinda, con los ojos echando chispas, convulso el rostro, retrocedió y los miró cara á cara; después, con los puños cerrados, los rechazó hecha una furia, como si hubiese querido ponerlos en la puerta de la calle. Les decía las mayores injurias en italiano, con la cabeza perdida.

—¡Nos pega, nos pega!—repetía regocijado el señor de Plouguern.

—Estos son los frutos de la superstición,—dijo Rougón entre dientes.

El anciano dejó de tomarlo á chacota, con el rostro súbitamente grave; y como el gran hombre continuase lanzando las frases de cajón contra la detestable influencia del clero, contra la deplorable educación de las mujeres católicas, contra el envilecimiento de Italia entregada á los curas, declaró con su voz seca:

—La religión forma la grandeza de las naciones.

—Cuando no las corroe una úlcera,—replicó Rougón. Ahí está la historia. Si el emperador no tiene á raya á los obispos, no tardará en verles echarse encima.

Entonces el señor de Plouguern se atufó á su vez. Defendió á Roma y habló de sus convicciones de toda su vida. Sin religión, los hombres retrocedían al estado salvaje. Y de este modo llegó como por la mano á defender la gran causa de la familia.

Los tiempos presentes corrían á la abominación; nunca el vicio se había ostentado con más impudencia, nunca la impiedad había llevado semejanza turbación á las conciencias.

—¡No me hable usted de su imperio!—concluyó por exclamation.—Es un hijo bastardo de la revolución... ¡Oh! bien lo sabemos, nuestro imperio sueña en la humillación de la Iglesia. Pero nosotros estamos aquí y no nos dejaremos degollar como corderos... Pruebe usted tan siquiera de emitir sus doctrinas en el Senado.

—¡Eh! no le conteste usted—dijo Clorinda.—Si usted le apurara, acabaría por escupir á Jesucristo. Es un réprobo, un condenado.

Rougón, anonadado, bajó la cabeza. Guardóse silencio. La joven buscaba en el suelo el pedacito desprendido de la cruz; así que lo hubo encontrado, lo envolvió cuidadosamente con el rosario, en un pedazo de periódico. Tranquilizóse al fin.

—Ahora que me acuerdo, niñita—dijo el señor Plouguern de repente,—aún no te he dicho por qué he subido. Tengo un palco para esta noche en el Palais-Royal, y te llevaré conmigo.

—¡Qué bueno es mi padrino!—exclamó Clorinda poniéndose colorada de satisfacción.—Es cosa de despertar á mamá.

Dióle un beso «por la molestia», decía. Volvióse á Rougón, sonriente, y tendióle la mano, diciendo con gracioso mohín:

—¿No me guarda usted rencor, eh? No me haga

usted rabiarse con sus ideas de pagano... Me vuelvo estúpida cuando se me marea con las cosas de la religión. Sería capaz de ponerme de punta con mis mejores amigos.

En esto, Luigi había colocado el caballete en un rincón, convenciéndose de que aquel día no podría terminar la oreja. Tomó el sombrero y fué á dar un golpecito en el hombro á Clorinda, para prevenirle que se iba. Acompañóle al pasillo y hasta entornó la puerta tras ellos; mas despidiéronse tan ruidosamente, que se oyó un ligero grito de la joven, que se perdió en una risa ahogada. En cuanto volvió, dijo:

—Voy á desnudarme, á menos que mi padrino no quiera llevarme al teatro en este empaque.

La idea hizo reír á los tres de la mejor gana. El crepúsculo se había echado ya encima. Cuando Rougón se retiró, Clorinda bajó con él, dejando sólo un instante al señor de Plouguern, el tiempo indispensable para echarse un vestido. La escalera estaba ya completamente oscura. Iba ella delante, sin decir una palabra, tan despacio, que Rougón sentía el roce de la falda de gasa en las rodillas. Después, cuando llegó á la puerta de la habitación, entró y anduvo dos pasos antes de volverse. Rougón la había seguido. Las dos ventanas iluminaban débilmente el lecho descompuesto, la jofaina olvidada y el gato dormido, como siempre, sobre el montón de ropas.

—¿No me guarda usted rencor?—le repitió con voz casi baja, tendiéndole las manos.

Juróle que no. Háblele cogido las muñecas y subió á lo largo del brazo hasta por encima de los codos, hurgando suavemente por entre la negra blonda, á fin de que sus gruesos dedos pudieran pasar sin desgarrar nada. Clorinda alzaba ligeramente los brazos, como deseosa de facilitarle aquella tarea. Hallábanse á la sombra que proyectaba el biombo y no se veían el semblante. Rougón, en medio de aquella estancia, cuyo ambiente comprimido le sofocaba un tanto, volvió á percibir el acre y casi azucarado olor que ya le había embriagado. Mas, tan luego como hubo pasado de los codos, sus manos hiciéronse brutales, sintió que Clorinda se le escapaba, y la oyó gritar, por la puerta que había quedado abierta tras ellos:

—¡Antonia! ¡luz y dame el vestido gris!

Cuando Rougón se encontró en la avenida de los Campos Elíseos, permaneció un instante anonadado, respirando el aire fresco que soplaba de las alturas del Arco de Triunfo. La avenida, desprovista de carruajes, iluminaba, uno á uno, sus mecheros de gas, cuyas repentinas claridades interrumpían la obscuridad con multitud de fulgurantes chispas. Acababa de sentir como un ataque de sangre y se pasaba las manos por la cara.

—¡Ah, no!—exclamó en alta voz.—¡Sería el colmo de la estupidez!